

Una lectura de la instalación *Los textos (aula-historia-muerte)*

Miguel Carneiro

Muestra de Raura Oblitas

Lo primero con que se topan los pasos y los ojos del visitante al llegar a la sala es un ineludible rojo, faro que cautiva la mirada hacia abajo y detiene el ingreso. Se eleva rígida desde el suelo una formación de gruesos libros de cera en una columna bermellón. Ellos, ahora, solo útiles para la contemplación, encerrados (encerados) para siempre, son a la vez cada uno y unidad. Las piezas brillan sutilmente pero solo su color, su alineamiento disciplinado y su adhesión al soporte, chorreado de ellos mismos, nos pueden decir algo. La textura no resulta indiferente, que sumada al color sangre, va del ojo a la mano, que es reprimida de tocarlos, justamente por su naturaleza de columna frágil e intensa a la vez.

Más allá, como cuadrúpedos en un matadero cuelgan patas arriba dos estructuras que nos recuerdan pupitres, pero su posición absurda y vertical, y suspendidas de un gancho con gruesas cadenas, obligan a reparar en el hecho de que toda su superficie ha sido completamente encementada, consolidando su carencia de sentido incluso para el tacto o la añoranza de la madera o de lo que se pudo haber hecho sobre ella. Están ahora completamente concretizados, objetos que gravitan presos de su propio peso y grosor. Si la torre-cilla de libros-cera-roja crecía desde el suelo, estos ásperos y grises volúmenes son detenidos en su caída por un aparejo mecánico y con tanto apremio de buscar apoyo en el

suelo como de encontrar sostén. Si la primera pieza transmitía una sensación ambigua, en esta segunda la impresión es connotativamente unívoca: de dureza, verticalidad, peso y absurdo. Están en equilibrio, pero transmiten lo contrario.

El universo semántico del aula es abandonado para encontrarnos de frente con un par de piezas que se conjugan por el espacio y la disposición que comparten. Aquí se recuperan la razón y la naturaleza, ambas humanas e inhumanas. Conformando una cruz visual, hacia el fondo, y recubriendo completamente la pared, un conjunto de toscos maderos alineados verticalmente, en pelotón, son el continente del centrado contorno del mapa de Ayacucho, que ha sido tallado rudamente —ferozmente— e iluminado —diríase incendiado— por un intenso haz de luz; sobre el suelo, vector perpendicular a la precaria pared de madera, un montículo de barro descansa sobre una superficie de adobes: tierra que busca a la tierra, la elevación se desparrama y se infiltra en su soporte. Su perfil y tamaño insinúan una figura humana; su irregularidad y hechura artificial, un cerro mítico. La única pieza horizontal que encontraremos en toda la muestra es para incidir en la historia y en la muerte; en la naturaleza mineral y en la naturaleza humana. El conjunto se antojaría religioso: el dios de barro y su altar de madera. Ayacucho, rincón de los muertos.

En la segunda planta, dos prisiones de metal nos esperan, separadas por espacios distintos: una en uno amplio, está solitaria, central, poderosa; la otra, en uno pequeño, es jaula y no-celda. Ambas se yerguen frías y expectantes: están vacías, pero no lo están; el espectador las llenará. La primera, un poliedro de sólido acero, deja en sus juntas y entre sus bisagras espacio para la luz y la mirada. Algo tiene que haber adentro. Sus caras no están ciegas: ojos rectángulos velados por rejillas nos miran y se dejan mirar estrechamente. La presencia de esta pieza se impone en el espacio, que aunque grande se reduce por la fuerza que transmite el metal, su forma y su tamaño. La otra prisión no encierra misterio, sino verdad: es lo que se ve. No hay velos ni insinuaciones para las miradas. Solo

cabe recorrerla de afuera hacia adentro y de adentro hacia fuera, y observar su solidez y su estrechura. Sin embargo, puede contener, pero no atrapar. En su naturaleza contradictoria, no es celda. No se necesita más. La frialdad y soledad que irradia de ambas piezas nos recuerdan al tiempo y a la muerte.

Una de las posibilidades inmediatas de lectura de este trabajo artístico requiere de un contexto histórico: el del Perú reciente. Todas las piezas convergen en una historia y no es difícil de verse. Sin embargo, la muestra es merecedora de otras miradas, más vinculadas con la contraposición de lo horizontal y lo vertical; con la naturaleza del equilibrio y la solidez contra la fragilidad y la precariedad; con lo abierto y lo cerrado; con lo virtual y lo real; con el misterio y la verdad.



s/t
Libros de la serie *Los textos*,
2012.
Cera teñida, 55 x 70 x 52 cm.



s/t
Carpetas de la serie *Los textos*,
2012.
Dimensiones variables.
Instalación / técnica mixta.





Detalle de *Ayacucho (rincón de los muertos)*
de la serie *Los textos*,
2012.

Instalación y madera tallada.

Toda la instalación (335 x 400 cm),
solo maderas talladas (335 x 115 cm).



Instalación
de *Los textos* (detalle).



Detalle de Celda I.



Celda I
de la serie *Los textos*,
2012.
Metal soldado,
215 x 47 x 59 cm.